

## PRÓLOGO

«Una cultura obsesionada con la delgadez femenina no tiene una obsesión con la belleza femenina, sino una obsesión con la obediencia femenina. Hacer dieta es el sedante político más potente de la historia»

NAOMI WOOLF

**C**reo que las mujeres tenemos tres vidas: la que nos dan cuando nacemos, la que nos imponen cuando crecemos, y por la que luchamos cuando despertamos.

No todas las mujeres, en cambio, alcanzan este tercer estadio; muchas se quedan por el camino, sin saber que su vida podía haber sido diferente, su relación con su cuerpo distinta, sus vínculos con las demás más sinceros, vulnerables o profundos. Todo sistema, para perpetuarse, genera obstáculos que dificultan el acceso a herramientas de análisis, comprensión y subversión de sus estructuras por parte de los sujetos a los que ese sistema daña. Algunos de esos obstáculos son, para la mayoría de mujeres, nuestro propio cuerpo, la relación que el mundo establece con él, y también el vínculo que generamos nosotras desde que empezamos a mirarlo hasta que aprendemos a rechazarlo.

Este rechazo hacia parte de lo que somos es consecuencia de más de veintiún siglos de misoginia que arrastramos sobre nuestras espaldas. Un trauma generacional presente también en nuestras madres, nuestras abuelas, nuestras bisabuelas y así sucesivamente. Generaciones enteras de mujeres que han rehuído en algún momento de sus vidas la imagen que les devolvía el espejo; que se han negado a ser fotografiadas por miedo a no reconocerse en el resultado; que han escondido su carne tras innumerables capas de ropa o posturas impostadas; que se han matado de hambre pensando que así podrían abrazar aquello que las repugnaba. Esto, más allá de ser un reflejo del lugar hostil en el que se sitúa nuestra autoestima o nuestro autoconcepto, es la prueba de que nuestros cuerpos son entendidos como bienes de consumo. Así lo establece el sistema patriarcal, y así aprendemos a interiorizarlo nosotras.

Un bien de consumo, por su propia definición, debe ser un elemento deseable, que destaque por encima de los demás, para así ser adquirido y, gracias a esa transacción, generar un beneficio a quien lo vende. En esta cadena, cabe preguntarse quién establece nuestro precio, y también quién se beneficia de él. Nosotras no, desde luego. ¿Entonces quién?

En el ensayo publicado en la década de los 90, «El mito de la belleza», Naomi Woolf explicaba que «el mito de la belleza cuenta una historia: la cualidad llamada “belleza” tiene existencia universal y objetiva. Las mujeres deben aspirar a personificarla y los hombres deben aspirar a poseer mujeres que la personifiquen (...) Nada de esto es verdad». Y es cierto, no lo es. Al mismo tiempo, la autora apuntaba con enorme lucidez que «el mito de la belleza siempre dicta una conducta, y no una apariencia». Esto explica que la gran mayoría de mujeres sintamos rechazo hacia nuestros cuerpos, independientemente de cómo estos sean.

Lo que importa no es, por tanto, cómo seamos: lo que importa es que odiamos lo que somos y que deseamos cambiar lo que parecemos. Woolf fue un paso más allá, identificando también las condiciones históricas que modelaron este mito: a medida que las mujeres fueron haciéndose con el espacio público, el hogar no podía seguir siendo utilizado como jaula, así que el sistema patriarcal (bien cogido de la mano del capitalismo) tuvo que reconfigurar los agentes de opresión que subyugaban a las mujeres. Nació entonces la sociedad de consumo, la industria cosmética, dietética y la cirugía estética, entre otras. Ahora que en la mayor parte de países las mujeres podemos votar, estudiar, trabajar, decidir si somos o no madres, si nos acostamos o no con hombres, es necesario que la daga se clave en otro costado. Ese costado es nuestro físico. Parafraseando a Naomi Woolf: no importa que seamos exitosas en el terreno laboral, que tengamos una red de cuidados y apoyo maravillosa, que cumplamos poco a poco nuestras metas personales. La opinión pública, los medios de comunicación y las redes sociales nos recuerdan que nada de eso es suficiente. Nosotras no somos suficientes.

Para que un canon estético exista, la premisa sobre la que debe sustentarse es que sea inalcanzable para la mayoría. El canon solo existe a través de la exclusión, porque se alimenta de ella. Parasita la diferencia hasta volverla indeseable. Se nutre del anhelo para sobrevivir. Y, sobre todo, muta. Esta mutación permite que el engranaje de la comparación y de la insatisfacción siga funcionando. En los años 90, millones de mujeres vaciaron sus neveras, se alimentaron a base de cigarros y café, y vomitaron el resto. ¿Para qué? Para parecerse a las modelos famélicas de las pasarelas. El canon eran los huesos. En la década de 2010, las estadísticas de operaciones de cirugía estética se dispararon hasta porcentajes colosales: implantes en las nalgas, en los pechos, en las caderas.

¿Para qué? Para parecerse a Kim Kardashian. El canon eran las curvas. Ninguna de estas tendencias las marcamos nosotras, pero sí las sufrimos. Contemplamos estupefactas cómo los estándares de belleza mutan cada vez con mayor rapidez, y nuestros cuerpos no encajan nunca en ellos. ¿Por qué? Recordemos: los cánones no existen para que encajemos en ellos, sino para que sintamos malestar al no hacerlo y, sobre todo, para que paguemos por acercarnos a lo que representan. Pagamos con dinero. Con salud. Con intranquilidad. Con vergüenza. Con lloros. Con dietas. Con asco. Con muerte. Pero pagamos. Pagamos, y también perdemos. Siempre perdemos.

Comenzaba este prólogo escribiendo que las mujeres tenemos tres vidas. Ariadna en su relato las contempla, las vive y las abraza todas. Hay contenida en sus versos una experiencia individual que, al ser compartida, se vuelve colectiva. Hay rabia, hay tristeza, hay subversión y hay esperanza. Rabia por el daño que nos hacen; tristeza por el daño que nos hacemos; subversión cuando reconocemos que somos más que esto; y esperanza cuando empezamos a trabajar en ello. No voy aquí a hablar de amor propio, pues su tablero es un puzzle y nos han robado todas las piezas, pero sí voy a subrayar la importancia del respeto. El respeto hacia nosotras mismas es revolucionario, más incluso que el amor propio. El amor propio va y viene, es voluble, puede cambiar con los años, e incluso desaparecer en muchas épocas (si es que logramos hacer que exista en primer lugar). El respeto, en cambio, no. El amor propio es un sentimiento; el respeto es una actitud, una elección, una promesa que nos hacemos a nosotras mismas.

Esta es, quizás, una de las enseñanzas más valiosas del trabajo de Ariadna en cualquiera de sus vertientes: la importancia que brinda a la capacidad de decisión que tantas veces nos ha sido vetada. Puede que no podamos decidir querernos, amarnos, va-

lorarnos. Sí en cambio podemos trabajar en respetarnos, en cuidarnos, en acogernos. Un cuerpo que es respetado es un cuerpo que sobrevive, independientemente de que sea o no amado. Es un cuerpo que respira, que sostiene, que descubre, que refugia. Y esto es, al fin y al cabo, todo lo que debería ser un cuerpo: un medio y nunca un fin; un hogar y no una jaula. Un hábitat. Nuestro hábitat.

EUGENIA TENENBAUM

Madrid. 21 de noviembre de 2022